

XXX Domingo del Tiempo Ordinario

El publicano bajó a su casa justificado; el fariseo, no
(Lc 18,9-14)

ANTÍFONA DE ENTRADA (Sal 37,22-23)

No me abandones, Señor, Dios mío, no te quedes lejos; ven a prisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, tú no haces acepción de personas y nos das la certeza que la oración del humilde alcanza las nubes; míranos también como el publicano arrepentido, y haz que confiemos en tu misericordia para ser justificados en tu nombre.

PRIMERA LECTURA (35, 15b-17. 20-22a)

Los gritos del pobre atraviesan las nubes

Lectura del libro del Eclesiástico

El Señor es un Dios justo que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansa; no ceja hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.

SALMO RESPONSORIAL (33, 2-3 17-18. 19 y 23)

R/. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca,
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R/.**

El Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias. **R/.**

El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él. **R/.**

SEGUNDA LECTURA (2 Tim 4, 6-8. 16-18)

Ahora me aguarda la corona merecida

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a Timoteo

Querido hermano: Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida. La primera vez que me defendí ante el tribunal, todos me abandonaron y nadie me asistió. –Que Dios los perdone–. Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas

para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. El me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. ¡A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén!

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO (2 Co 5, 19)

R/. Aleluya, Aleluya

Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación.

R/. Aleluya, Aleluya

EVANGELIO (Lc 18,9-14)

El publicano bajó a su casa justificado; el fariseo, no

Lectura del santo evangelio según San Lucas 18, 9-14

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos, y despreciaban a los demás: «—Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo.” El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido.»

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Vuelve tu mirada, sobre las ofrendas que te presentamos, para que nuestra celebración sea para tu gloria y tu alabanza.

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Sal 19,6)

Que podamos celebrar tu victoria y en el nombre de nuestro Dios alzar estandartes.

o bien (Ef 5,2)

Cristo nos amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave olor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Lleva a término en nosotros, Señor, los que significan estos sacramentos, para que un día poseamos verdaderamente cuanto celebramos ahora en estos ritos sagrados.

Lectio

El domingo pasado la liturgia nos presentó la parábola de “la pobre viuda y del juez inicuo”, con la cual se ilustraba la fuerza de una oración perseverante. EL Evangelio de este domingo nos coloca delante la parábola del “fariseo y del publicano” (Lc 18, 9-14) cuyo objetivo es el de ayudarnos a descubrir cómo debe ser nuestro comportamiento orante ante Dios.

El pasaje sigue una estructura:

- (1) La introducción (18,9).
- (2) La parábola del fariseo y el publicano (18,10-13).
- (3) La aplicación de la parábola (18,14).

18,9: Jesús dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola”

La frase de Lucas se refiere, tanto al tiempo de Jesús como al tiempo de Lucas simultáneamente. Pues en las comunidades de los años ochenta a las que Lucas dirige su Evangelio había personas aferradas a la antigua tradición del judaísmo, que despreciaban a las que venían del paganismo.

Esta introducción anticipa el objetivo primario de la parábola: expresar un juicio sobre aquellos que se presentan ante el Señor con la equivocada convicción de que son “justos”, o sea, de que están perfectamente sintonizados con la voluntad de Dios por el simple hecho de poner en práctica las normas, al mismo tiempo que desprecian a los demás.

18,10: “Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano”.

No podía darse un contraste mayor. En la opinión de la gente de aquel tiempo, un publicano no valía nada y no podía dirigirse a Dios, por ser una persona impura, en cuanto al publicano, mientras el fariseo era una persona honorable y muy religiosa.

18, 11-12: “El fariseo reza en pie y da gracias a Dios por no ser como los otros: ladrones, deshonestos, adúlteros”. Su oración no es otra cosa que un elogio para sí mismo y de las cosas que hace: ayuna, paga las décimas. Es una exaltación de sus buenas cualidades y un desprecio para los demás, sobre todo para el publicano que se encuentra junto a él en el mismo banco. No se siente hermano.

18, 13: El publicano no osa levantar la mirada, se golpea el pecho y apenas dice: “¡Dios mío, ten piedad de mí pecador!”. Se ha colocado en supuesto delante de Dios.

18, 14: Si Jesús hubiese pedido a las gentes quién volvió a casa justificado, todos habrían respondido: “¡El fariseo!” Pero Jesús piensa de un modo diferente. Quien vuelve justificado (con buenas relaciones con Dios) no es el fariseo, sino el publicano. De nuevo, Jesús da a todo la vuelta al revés. A muchas personas no les agrada la aplicación que hace de esta parábola.

Por eso la insistencia en la oración, porque es uno de los temas importantes en la formación del discípulo, según el evangelio de Lucas.

La parábola “del fariseo y el publicano” nos demuestra que Jesús tenía una forma diferente de ver las cosas de la vida y de la oración. Conseguía ver una revelación de Dios allí donde otros veían sólo una ruina, ve algo positivo en el publicano, de quien todos decían: “¡No sabe rezar!”. Jesús vivía de tal modo unido al Padre por medio de la oración, que para Él todo se convertía en una expresión de oración. También nos muestra la eficacia de la oración, la cual no depende de la bondad del orante sino ante todo de la bondad de Dios quien escucha y responde las plegarias. Igualmente se denuncia un mal hábito, lastimosamente expandido entre algunas personas piadosas que piensan que la salvación depende de su esfuerzo solamente, razón por la cual se vuelven excesivamente rígidas en el cumplimiento de las normas, y olvidan que ella es esencialmente un don de Dios.

La oración auténtica es aquella en la cual nos abrimos a la obra creadora de Dios en el perdón: el perdón que transforma la existencia haciéndola renacer para la vida plena. La oración puede tener sus lugares, sus formas, sus posiciones, pero lo que más importa es la actitud que le da contenido: la entrega del “ser” (como bien dice el publicano: “soy”; no el “hago” del fariseo) completamente anonadado ante la infinita grandeza de la misericordia renovadora de Dios.

Oración

Dios todo poderoso y eterno, aumenta nuestra fe, esperanza y caridad, y para conseguir tus promesas, concédenos amar tus preceptos. Por Jesucristo nuestro Señor.

Apéndice

CATECISMO DE LA IGLESIA

2613: San Lucas nos ha transmitido tres parábolas principales sobre la oración:

La primera, «el amigo importuno», invita a una oración insistente: «Llamad y se os abrirá». Al que ora así, el Padre del cielo «le dará todo lo que necesite», y sobre todo el Espíritu Santo que contiene todos los dones.

La segunda, «la viuda importuna», está centrada en una de las cualidades de la oración: es necesario orar siempre, sin cansarse, con la paciencia de la fe. «Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?»

La tercera parábola, «el fariseo y el publicano», se refiere a la humildad del corazón que ora. «Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador». La Iglesia no cesa de hacer suya esta oración: «¡Kyrie eleison!».

Los actos del penitente

1450: «La penitencia mueve al pecador a sufrir todo voluntariamente; en su corazón, contrición; en la boca, confesión; en la obra, toda humildad y fructífera satisfacción» (*Catecismo Romano*).

La contrición

1451: Entre los actos del penitente, la *contrición* aparece en primer lugar. Es «un dolor del alma y una detestación del pecado cometido con la resolución de no volver a pecar» (*Concilio de Trento*).

La confesión de los pecados

1455: La confesión de los pecados, incluso desde un punto de vista simplemente humano, nos libera y facilita nuestra reconciliación con los demás. Por la confesión, el hombre se enfrenta a los pecados de que se siente culpable; asume su responsabilidad y, por ello, se abre de nuevo a Dios y a la comunión de la Iglesia con el fin de hacer posible un nuevo futuro.

La satisfacción

1459: Muchos pecados causan daño al prójimo. Es preciso hacer lo posible para repararlo (por ejemplo, restituir las cosas robadas, restablecer la reputación del que ha sido calumniado, compensar las heridas). La simple justicia exige esto. Pero además el pecado hiere y debilita al pecador mismo, así como sus relaciones con Dios y con el prójimo. La absolución quita el pecado, pero no remedia todos los desórdenes que el pecado causó. Liberado del pecado, el pecador debe todavía recobrar la plena salud espiritual. Por tanto, debe hacer algo más para reparar sus pecados:

debe «satisfacer» de manera apropiada o «expiar» sus pecados. Esta satisfacción se llama también «penitencia».